

[Al margen de los libros]

Intenciones*

La Biblioteca es infinita y pasiva. Con una hospitalidad que es afín a la resignación y a la indiferencia, acoge y atesora todos los libros, porque cada libro, algún día, puede ser útil a alguien o alguien puede buscar la seguridad de que no le es inútil. La Biblioteca, así, propende a ser todos los libros o, lo que es igual, a ser el pasado, todo el pasado, sin la depuración y la simplificación del olvido. La Biblioteca sólo es querible, como el universo lo es o los vastos sistemas filosóficos del Indostán o de la escolástica, con una suerte de amor fati.

La revista, en cambio, es humana: condesciende a simpatías y diferencias. Ya que representa la Biblioteca, puede ser tan curiosa como ésta y no menos heterogénea: el círculo de todo el saber será su ámbito y no sólo la historia. Además, ahora sabemos que la historia no está relegada a viejas espadas y a textos laboriosos: no es algo que está hecho sino que se hace, en los sueños y en la vigilia.

En esta su tercera etapa, la revista aspira a no ser indigna de quien la fundó, Paul Groussac, y de los tiempos arduos y valerosos en que ahora le toca vivir. Toda revista, como todo libro, es un diálogo: la suerte del que ahora iniciamos también depende del lector, ese interlocutor silencioso.

Prólogo a *En tu aire, Argentina**

Los aniversarios, los himnos, las placas conmemorativas, la veneración escolar, los excesos del mármol y del bronce, la nomenclatura patriótica del país, que convierte a sus hombres y a sus batallas en un serie de edificios, en una esquina o en el andén de una estación; estos hechos han contribuido, paradójicamente, a hacer del pasado argentino una cosa desvaída, pueril e insípida. Versos como estos que Martínez Estrada escribió, acaso sin propósito irónico:

* La Biblioteca, *Buenos Aires*, tomo IX, 2.^a época, n.º 1, primer trimestre 1957. Cuando Borges era director de la Biblioteca Nacional y José Edmundo Clemente su vicedirector.

* Nicolás Cócara: *En tu aire, Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Voz Viva, 1957.

Escuelas de adultos e infantiles coros
a los mausoleos lleven fresca yedra

son testimonio del orbe exangüe y ceremonial a que hemos relegado una historia que, sin embargo, no está muy distante en el tiempo. De ahí lo bien venido y lo necesario de este ferviente libro de Cócaro, para quien el ayer de estas tierras no es un esquema de fechas, apoteosis boba y estatuas, sino un mundo azaroso y patético, de hombres falibles y mortales, urgidos por difíciles circunstancias.

Modificar ligera o profundamente el pasado es quizás el único milagro que la teología dogmática (con la sola excepción de Pietro Damiani) ha prohibido al Señor y que nuestra mala memoria y la literatura ejecutan continuamente. Trátase, acaso, de una de las tareas fundamentales de la poesía que, a diferencia de la caótica realidad, procede por una selección de hechos representativos, que simbólicamente son verdaderos aunque históricamente pueden no serlo. De dos maneras cumple Cócaro su labor. La primera es la imaginación verosímil de patéticos pormenores circunstanciales; el general Mitre, que está preso, mira desde las rejas de una ventana los árboles y las quintas de Chivilcoy. La segunda es la dramática suposición de que en un momento de su vida el personaje del poema ha intuido quién será para el porvenir; en las páginas de *En tu aire, Argentina*, Lavalle, Güemes o Laprida, bruscamente se ven para siempre.

Quienes practican en este país el romance histórico, deliberadamente eluden un elemento que es capital en ésta y en toda poesía: pasión.

Las guerras no se hacen sin odio, pero en las increíbles composiciones de esta gente bien educada el americano y el godo o el cristiano y el indio o el unitario y el federal se despedazan con decoro y sin una palabra que pueda herir la sensibilidad más alerta. No así los hombres de *En tu aire, Argentina* que padecen, odian y mueren.

He procurado argumentar las virtudes que se cifran en este libro, pero no ignoro que la única virtud de un poema está en su voz y en la respuesta de nuestra sangre, no en razonamientos abstractos. Que las piezas que integran este breve y suficiente volumen obren, pues, por sí solas.

Buenos Aires, 21 de octubre de 1957.

Prólogo*

Tales midió la sombra de una pirámide para indagar su altura; Pitágoras y Platón enseñaron la trasmigración de las almas; setenta escribas, recluidos en la isla de Pharos, produjeron, al cabo de setenta jornadas de labor, setenta versiones idénticas del Pentateuco; Virgilio, en la segunda *Geórgica*, ponderó las delicadas telas de seda que elaboran los chinos y, días pasados, jinetes de la provincia de Buenos Aires se disputaban la victoria en el juego persa del polo. Verdaderas o apócrifas, las heterogéneas noticias que he enumerado (a las que habría de agregar, entre tantas otras, la presen-

* Ryunosuké Akutagawa: Kappa. Los engranajes, Buenos Aires, Mondounevo, 1959.

cia de Atila en los cantares de la *Edda Mayor*) marcan sucesivas etapas de un proceso intrincado y secular, que no ha cesado aún: el descubrimiento del Oriente por las naciones occidentales. Este proceso, como es de suponer, tiene su reverso; el Occidente es descubierto por el Oriente. A esta otra cara corresponden los misioneros de hábito amarillo que un emperador budista envió a Alejandría, la conquista de la España cristiana por el Islam y los encantadores y a veces terribles volúmenes de Akutagawa.

Discernir con rigor los elementos orientales y occidentales en la obra de Akutagawa es acaso imposible; por lo demás, los términos no se oponen exactamente, ya que en lo occidental está el cristianismo, que es de origen semítico. Entiendo, sin embargo, que no es aventurado afirmar que los temas y el sentimiento son orientales, pero que ciertos procederes de su retórica son europeos. Así, en *Kesa y Moritô* y en *Rashômon*, asistimos a diversas versiones de una misma fábula, referidas por los diversos protagonistas; es el procedimiento de Robert Browning, en *The ring and the book*. En cambio, cierta tristeza reprimida, cierta preferencia por lo visual, cierta ligereza de pincelada, me parecen, a través de lo inevitablemente imperfecto de toda traducción, esencialmente japonesas. La extravagancia y el horror están en sus páginas, pero no en el estilo, que siempre es límpido.

Akutagawa estudió las literaturas de Inglaterra, de Alemania y de Francia; el tema de su tesis doctoral fue la obra de Morris y nos consta que frecuentó a Schopenhauer, a Yeats y a Baudelaire. La reinterpretación psicológica de las tradiciones y leyendas de su país fue una de las tareas que ejecutó.

Thackeray declara que pensar en Swift es como pensar en la caída de un imperio. Análogo proceso de vasta desintegración y agonía nos dejan entrever las dos narraciones que componen este volumen. En la primera, *Kappa*, el novelista recurre al artificio de fustigar la especie humana bajo el disfraz de una especie fantástica; acaso los bestiales *yahoos* de Swift o los pingüinos de Anatole France o los curiosos reinos que atraviesa el mono de piedra de cierta alegoría budista fueron su estímulo. A medida que procede el relato, Akutagawa olvida las convenciones del género satírico; a los *kappas* no les importa revelar que son hombres y hablan directamente de Marx, de Darwin o de Nietzsche. Según los cánones literarios, esta negligencia es una falla; de hecho, infunde en las últimas páginas una melancolía indecible, ya que sentimos que en la imaginación del autor todo se desmorona, y también los sueños de su arte. Poco después, Akutagawa se mataría; para quien escribió esas últimas páginas, el mundo de los *kappas* y el de los hombres, el mundo cotidiano y el mundo estético ya eran parejamente vanos y deleznable. Un documento más directo de ese crepúsculo final de su mente es el que nos propone *Los engranajes*. Como el *Inferno* de aquel Strindberg que entrevemos al fin, esta narración es el diario, atroz y metódico, de un gradual proceso alucinatorio.

Diríase que el encuentro de dos culturas es necesariamente trágico. A partir de un esfuerzo que se inició en 1868, el Japón llegó a ser una de las grandes potencias del orbe, a derrotar a Rusia y a lograr alianzas con Inglaterra y con el Tercer Reich.

Esta casi milagrosa renovación exigió, como es natural, una desgarradora y dolorosa crisis espiritual; uno de los artífices y mártires de esta metamorfosis fue Akutagawa que se dio muerte el día 24 de julio de 1927.

Prólogo*

Así como el crepúsculo participa de la noche y del día y las olas de la espuma y del agua, dos elementos de naturaleza dispar inseparablemente integran el libro. El libro es una cosa entre las cosas, un objeto entre los objetos que coexisten en las tres dimensiones, pero es también un símbolo como las ecuaciones del álgebra o las ideas generales. Podemos así equipararlo a un juego de ajedrez, que es un tablero negro y blanco y las piezas y la cifra casi infinita de maniobras posibles. También es evidente la analogía de los instrumentos de música, la del arpa que Bécquer entrevió en un ángulo del salón y cuyo silencioso mundo sonoro compararía con un ave que duerme. Tales imágenes son meras aproximaciones y sombras: el libro es harto más complejo. Los símbolos escritos son un espejo de símbolos orales, que a su vez lo son de abstracciones o de sueños o de memorias. Quizá baste dejar escrito que el libro, como el hombre que lo creó, se compone de alma y de cuerpo. De ahí el deleite múltiple que nos brinda: felicidad de la vista, del tacto y de la inteligencia. Cada cual imagina a su modo el Paraíso; yo, desde la niñez, lo he concebido como una biblioteca. No como una biblioteca infinita, porque hay algo de incómodo y de enigmático en todo lo infinito, sino como una biblioteca hecha a la medida del hombre. Una biblioteca en la que siempre quedarán libros (y tal vez anaqueles) por descubrir, pero no demasiados. En suma, una biblioteca que permitiera el placer de la relectura, el sereno y fiel placer de lo clásico, y las agradables alarmas del hallazgo y de lo imprevisto. El conjunto de libros españoles que este catálogo registra parece anticipar gratamente esa vaga y perfecta biblioteca de mi esperanza.

Espíritu y materia es el libro; la mente hispánica y la artesanía hispánica viven y se conjugan en las piezas congregadas aquí. El espectador se demorará en el examen de estos frutos cabales y delicados de una tradición secular; lícito es recordar que las tradiciones no son la repetición mecánica de una forma inflexible sino un alegre juego de variaciones y de renovaciones. Aquí están las diversas literaturas que manejan la lengua castellana, en una y otra margen del mar; aquí, el inagotable ayer y el cambiante ahora y el grave porvenir que aún no desciframos y que sin embargo escribimos.

Buenos Aires, 9 de agosto de 1962.

* Catálogo de la Exposición de Libros Españoles. Buenos Aires, octubre 1962.